

Esta carta expresó con toda elocuencia el don del altísimo consejo.
¡Cuán ingenioso es el lenguaje del Espíritu Santo! La carta del Obispo de Valencia fue el aviso, la resolución del cielo. Pio IX ya no vaciló.

Tratóse en el Quirinal de la evasión del Papa, resuelta en principio. La combinación de los detalles tomaronla á su cargo personalmente los individuos del cuerpo diplomático. La menor imprudencia hubiera echado á perder las mas santas intenciones y ocasionado terribles y graves compromisos.

El embajador de Baviera habia demostrado en aquellos dias una adhesión extraordinaria al Pontificado y á la excelsa persona que lo ejercia, y sigue gloriosamente ejerciéndolo hoy. Desde la muerte de Rossi no cesaba de aconsejar la fuga de Pio IX.

En la tarde del dia 22, despues de haber recibido el Papa la píxide y la carta del Obispo de Valencia, el cardenal Antonelli fue enviado al conde de Spaur para decirle que «Su Santidad, en interés de la Silla apostólica, y sin consideración alguna á su propio bienestar, habia resuelto alejarse de Roma y aceptar los buenos oficios con tanta nobleza y espontaneidad por S. E. ofrecidos.»

Tenia el egregio Conde una esposa comparable á la mujer fuerte que nos describe el libro de la Sabiduría; midiendo toda la extensión del peligro en que se encontraba Pio IX, decia en aquella misma mañana á su esposo: «Yo no soy mas que una mujer; no obstante, si se me confiara el negocio de la salvación del Papa, presumo que lo llevaria á feliz éxito.» El Conde contestó con un sonrís.

Por la noche el sonrís se convirtió en expresión de confianza. «¿Recuerdas, le dijo, lo que esta mañana me insinuabas respecto de la salvación del Pontífice?»

—Perfectamente, contestó la Condesa.

—Quizá la Providencia te designe un papel en este importante drama. ¿Te sientes decidida?

—Estoy pronta, habla, ¿qué debe hacerse?

—Partir mañana por la mañana para Albano con tu hijo y su ayo.

—¿Y luego?

—Esperarme allí.

—Te aguardaré.

—Ahora ocúpate de los preparativos para nuestra marcha, porque nuestra ausencia de Roma pudiera prolongarse mas de lo que creemos.»

Tomamos la relación detallada de aquella importante fuga de Pio IX de la *Historia de la revolución de Roma*, por Mr. Balleydier, que es la mas completa de las que hemos leído:

«La condesa de Spaur, de origen francés y una de las señoras mas distinguidas de Roma, léjos de asustarse ante la magnitud de su cometido, se dispuso para llenarlo. Comenzó por decir á los criados de su casa que un proyecto de matrimonio entre una princesa de Baviera y el hijo mayor del rey de las Dos Sicilias llamaba repentinamente á su marido y á ella á Nápoles. Mientras que las doncellas preparaban los baules entregó á las llamas varios papeles, previniendo las visitas domiciliarias que pudieran practicarse á consecuencia de su marcha. En seguida llenó de oro sus borceguíes, forró de diamantes sus vestidos, puso en paraje seguro una cartera del Papa, preparó sus pistolas, que maneja lo mismo que un maestro de armas, y pasó el resto

de la noche orando delante un Crucifijo. Á las seis de la mañana, despues de haber escrito algunas líneas á su familia para tranquilizarla, entró en una berlina rusa tirada por cuatro caballos, y dió la orden de partir para Albano.

«Al llegar á las puertas de la ciudad fue detenida. «¿Dónde vais?» le preguntaron.

«—Ahora á Albano, y despues á Nápoles.

«—¿Dónde están vuestros pasaportes?

«—Aquí los teneis.

«—¿Por qué el Conde, vuestro marido, no os acompaña?

«—Porque los negocios de su Gobierno le detienen en Roma.

«—¿Cuándo se reunirá con vos?

«—Cuando quedarán terminados sus negocios: ya lo veréis, porque debe salir por esa puerta.

«—Basta.»

«Entonces la berlina continuó su camino: detúvose á los pocos pasos para tomar dos nuevos caballos que la aguardaban, y en dos horas y media, corriendo á escape y levantando nubes de polvo, llega la Condesa á Albano y se apea en la fonda de París.

«Combinada la fuga del Santo Padre con el duque de Harcourt y el conde de Spaur, se habia fijado para la noche del 24. Pocos momentos antes de la hora indicada el duque de Harcourt, que habia obtenido una audiencia, llegó al Quirinal en un coche de gala, precedido de volantes y de antorchas, y solicita ver al Papa; se lo niegan, insiste, y al fin es introducido en el gabinete pontificio, cuya puerta se cierra inmediatamente. Eran las cinco; el cielo estaba sombrío, sin estrellas, y la noche favorecia con su oscuridad el éxito del proyecto. No habia, pues, un momento que perder. Acorde el conde de Spaur con Su Santidad, aguardaba á este que debia reunirse cuanto antes en el paraje designado de antemano. Durante este tiempo Pio IX, con la ayuda del embajador de Francia, cambió de traje, se calzó zapatos negros cerrados con dos grandes hebillas de plata, tomó un pantalon de color oscuro, púsose un leviton negro, se cubrió la cabeza con un ancho sombrero redondo, y se tapó los ojos con antiparras: en seguida, habiendo permanecido arrodillado dos minutos delante el Crucifijo de su oratorio, salió, llevando una bujía en la mano, por una puerta secreta que le condujo á los largos corredores del conclave. Le acompaña un hombre fiel y seguro, adherido al palacio, llamado Philipani. Durante este tiempo, permaneciendo el duque de Harcourt en el gabinete del Papa, leia en voz alta, para distraer á los vigilantes, cuya atención pudiera llamarse por un largo silencio. De repente oyó ruido en las habitaciones que el Papa acababa de atravesar, lo que no pudo menos de alarmarle. ¿Habria sido descubierto el Papa é impedida su fuga? No, porque Dios velaba por el santo Pontífice, que se habia visto repentinamente detenido por una puerta que habian descuidado abrir, y para remover aquel obstáculo improvisado el Sr. Philipani habia vuelto á las habitaciones del Pontífice. Mientras que este hombre fiel daba un largo rodeo, Pio IX solo y con la bujía en la mano aguardaba delante de la puerta, la cual por fin se abrió al cabo de diez minutos. El Papa entonces se arrojó dentro del coche.

«Á las siete el duque de Harcourt, que habia quedado solo en el gabinete pontificio para alejar toda sospecha, dijo al retirarse á los que se hallaban en la antecámara y á los guardias que estaban de centinela á la puerta misma

de los aposentos de Su Santidad, que hallándose este indispuerto se había acostado: luego, regresando á la embajada, entró en una silla de posta, y volando por la carretera de Civitavecchia llegó á esta ciudad á media noche para embarcarse en el *Tenare*.

«Eran las seis y diez minutos cuando, á tenor de las órdenes que había recibido el cochero que conducía la fortuna de Roma, bajando la colina, atravesó la plaza de Trajano, siguió por las calles que conducen al Coliseo, y cuanto antes llegó á las Termas de Tito, donde el conde de Spaur aguardaba en su coche junto á la iglesia de San Pedro y san Marcelino, con su cazador, armado como él de pistolas y puñal. En fin, al cabo de media hora de haber salido del Quirinal el Santo Padre con el alma lacerada por el dolor, pero del todo resignado á la voluntad de Dios, atravesó sin dificultad alguna la puerta de San Juan de Letran.

«El coche que conducía al ilustre fugitivo alcanzó durante la noche al de la condesa de Spaur que aguardaba en el valle de la Aricia cerca de Albano. Al momento de encontrarse los dos coches, detuviéronse cuatro carabineros que estaban patrullando. Empero dotada la condesa de Spaur de una admirable entereza de alma, sin bajar de su berlina de viaje, gritó con acento de zumba: «¡Vaya, señor doctor, que os haceis bien esperar! y obráis muy mal. ¿Nadie podrá corregiros nunca vuestra cachaza?» Entre tanto el Santo Padre bajando de su coche sin proferir una sola palabra entró en el de la Condesa.

«Los carabineros, léjos de sospechar que el Papa estuviese en su presencia, levantaron ellos mismos el estribo del coche, deseando un feliz viaje á los ilustres viajeros. El Santo Padre estaba en el fondo de la berlina, al lado de la condesa de Spaur, delante el jóven Maximiliano de Spaur, que venía sentado junto á su ayo Mr. Liebel; una doncella de la Condesa ocupaba el asiento de delante, mientras que el conde de Spaur y su fiel cazador ocupaban el de detrás.

«—Perdonadme, Santísimo Padre, exclamó la condesa de Spaur así que el Papa hubo entrado en el coche; perdonad á vuestra indigna sierva si la necesidad le proporciona un asiento que ella no merece á vuestro lado.

«—En el día, respondió el Papa, sois uno de los instrumentos de los cuales ha querido servirse la Providencia para cumplir uno de sus misteriosos designios.

«En seguida, viendo la emocion de la Condesa, añadió:

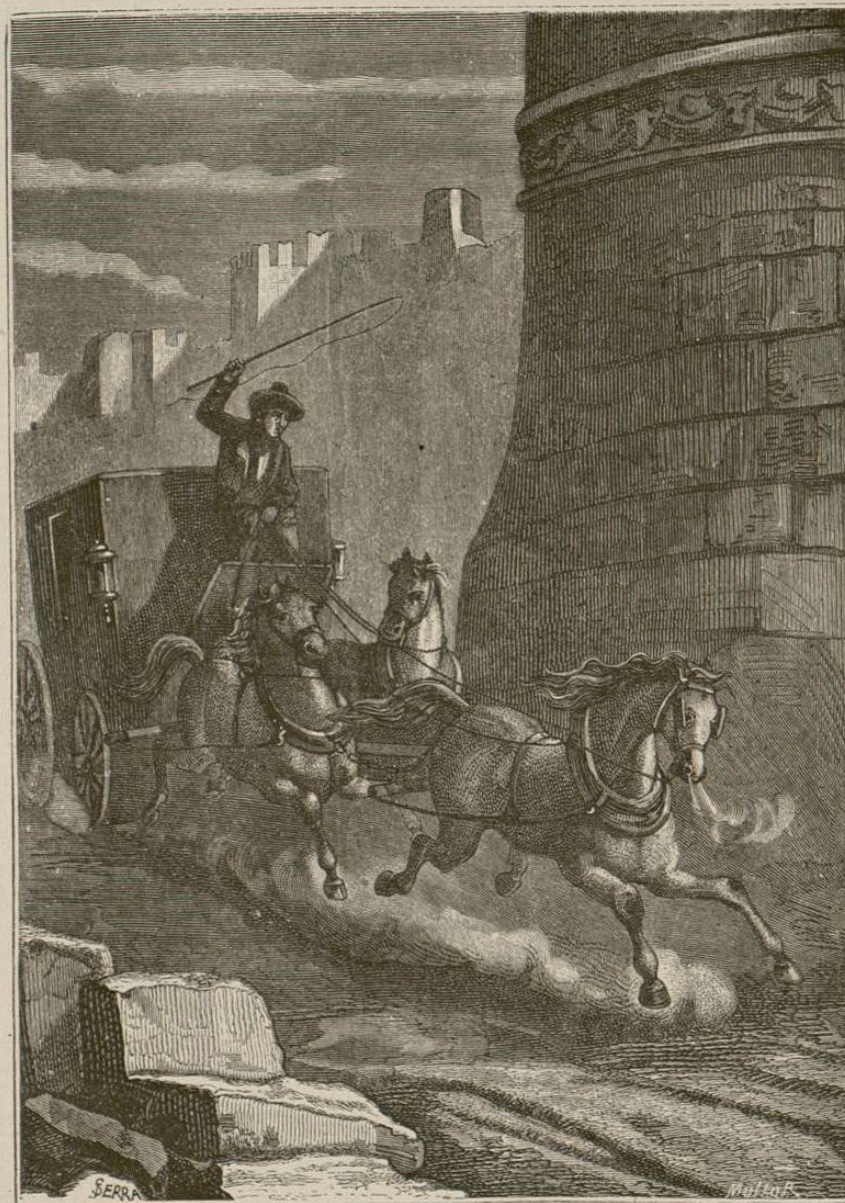
«—Nada temais, señora, porque Dios va con nosotros.

«Una parte del viaje se hizo felizmente. Pero en Fondi estuvo á punto de ser reconocido el Santo Padre: al verlo uno de los postillones, despidiendo un grito de sorpresa dijo á sus camaradas:

«—Mira como este abate se parece al retrato del Papa que tenemos en casa.

«Cambiano la berlina de caballos en cada parada, devorando el espacio, merced al conde de Spaur que estimulaba con el oro el látigo de los postillones, había pasado por fin la frontera de los Estados romanos, y Pio IX se hallaba en salvo. Entonces levantando los ojos al cielo y dando gracias á Dios por su divina proteccion, recitó el Sumo Pontífice el cántico del *Te Deum*, el cual acompañaron con el labio y el corazón sus afortunados compañeros de viaje.»

Á las nueve y media de la mañana el Papa llegó al muelle de Gaeta, donde no tardó á reunirse con el cardenal Antonelli y el caballero de Arnao. Apea-



FUGA DE PIO IX.

dos los viajeros en la posada de Ciceron, despues de un ligero almuerzo retiráronse á su aposento, donde despues de elevado al cielo un himno de accion de gracias, celebraron un Consejo, en el que se decidió que el conde de Spaur pasaria á Nápoles para dar cuenta al Rey de las Dos Sicilias de los sucesos que habian impulsado al Papa á refugiarse en sus Estados.

Dios salvó á Pro IX, quien elevando sus manos en presencia de sus compañeros exclamó con David: *Alargóme el Señor desde lo alto su mano, y me asió y sacóme de la inundacion de tantas aguas. Libróme de mis poderosísimos enemigos y de cuantos me aborrecian, porque se habian hecho mas fuertes que yo. Echáronse de repente sobre mí en el día de mi angustia; empero el Señor se hizo mi protector. Sacóme á la anchura: salvóme por un efecto de su buena voluntad para conmigo* (1).

En efecto; el Señor recompensó el espíritu de justicia de su elegido, quien siguió atentamente las sendas del Señor; nunca procedió impiamente contra Dios; ante sus ojos estuvieron siempre sus juicios, y el Señor se ostentó santo con el santo, inocente con el inocente, selecto con el selecto.

Desde David nadie habia podido repetir con mas exactitud estas palabras: *Señor, tú me librarás de las contradicciones del pueblo.*

Los hijos míos se han vuelto como hijos bastardos, me faltaron á la fidelidad.

Mas tú me ensalzarás sobre los que se levantan contra mí (2).

(1) Psalm. XVII.

(2) Ibid.